



TRANSICIONES

VÍCTOR ALEJANDRO ESPINOZA

We are America

Este domingo 9 y lunes 10 de abril Estados Unidos vivió las movilizaciones más grandes que se recuerden desde los años sesenta cuando los estadounidenses salieron a las calles a reivindicar la lucha contra la segregación racial, primero, y luego a protestar contra la guerra de Vietnam. Miles de latinos tomaron las calles de más de 130 ciudades de Estados Unidos. Las protestas contra las reformas migratorias aprobadas por la Cámara de Representantes el 16 de diciembre, que pretenden criminalizar a los indocumentados, trascendieron las fronteras y fueron aplaudidas en todo el mundo. Se trata de uno de los mayores triunfos que obtiene la población de origen latino que tuvo que emigrar, preferentemente por razones económicas. Y es un triunfo pese a no haberse traducido todavía en una legislación más justa para ellos y sus familias. Representa un gran avance porque muestra el poder de convocatoria y movilización de la población latina; se trata de la mayor acción política concertada por esa población que habita en Estados Unidos. Difícil que los representantes y políticos de aquél país ignoren que los latinos tienen un potencial mayor que el de otros grupos raciales. El reto ahora es cómo capitalizar las movilizaciones y no dilapidar el avance logrado.

En ciudades importantes como San Diego, las movilizaciones del domingo se cifraron entre 50 y 100 mil personas -según la fuente de los cálculos-. Nunca ésta ciudad había visto reunida una

cantidad semejante; ante ningún evento alguien había tomado las calles como lo hicieron los latinos. Al grito de "no somos delincuentes" y "este es nuestro hogar", "somos gente buena", "todo lo que deseamos es trabajar"; miles de festivos san dieguinos -mexicanos en su mayoría-, recorrieron las calles. A diferencia de las movilizaciones del pasado 25 de marzo, los manifestantes portaban banderas de Estados Unidos y de México. Con mucho tacto, respondieron así a las críticas vertidas por algunos norteamericanos de que habían enarbolado sólo banderas de sus países de origen, lo que demostraba que su lealtad no era a Estados Unidos. Ahora salieron y refutaron esa crítica: su hogar es donde hoy viven y desean seguir viviendo; donde nacieron sus hijos y, en muchos casos, sus nietos.

Me llama mucho la atención las declaraciones que hiciera el ex embajador de México en Washington, Jorge Montaña, y que recogiera el periódico *Excelsior* el pasado domingo 9 de marzo: según su versión, la reforma migratoria que supuestamente aprobaría el Senado la semana pasada, sólo era un montaje de cara a las elecciones legislativas de noviembre próximo. Es decir, la Cámara Alta habría hecho un teatro político para ganar el voto latino para su causa; pero en el fondo habría el acuerdo de no avanzar en nada. De ahí el receso tomado en la discusión. Los legisladores republicanos y demócratas sabiendo del alto valor del voto latino, se habrían

prestado para este juego de hacer como que se hace. Me parece un exceso de maquiavelismo, pero nuestro ex embajador tendrá sus razones para afirmar lo anterior.

Lo que resulta innegable es que después de las marchas nada será igual para los inmigrantes. En primer lugar, la ley HR4437, aprobada por la Cámara Baja, tendrá que modificarse para poder ser realidad. En segundo lugar, los latinos, en general, y los mexicanos, en particular, hoy saben que la única posibilidad para lograr mejores condiciones de vida y de trabajo es a través de la unión y la organización. Que en una situación de asimetría como la que vivimos en la relación entre México y Estados Unidos, las declaraciones del gobierno mexicano no alcanzan para avanzar en el tema migratorio y por hacer realidad una agenda donde se incluya el mejoramiento de sus condiciones de residencia.

Las movilizaciones anunciadas para el 1 de mayo, que incluyen el llamado a no acudir a trabajar y a las escuelas, así como a un boicot comercial, serán sin duda exitosas. En las ciudades de la frontera, los mexicanos tenemos una gran oportunidad de apoyar la lucha de los migrantes. Si en el pasado el impacto de los boicots de este tipo han pasado desapercibidos, hoy tendrán sin duda resultados distintos. La diferencia es que en esta ocasión quienes convocan son los interesados, es decir, los inmigrantes. Por primera vez no son partidos, políticos, académicos u organizaciones los que hablan a nombre de ellos. Han decidido tomar el riesgo de su auto defensa; de ahí el valor y la trascendencia de las movilizaciones. De ahí el gran paso que han dado.

El autor es investigador de El Colegio de la Frontera Norte.